

Jorge M. Reverte

Mario Martínez Zauner

# De Madrid al Ebro

Las grandes batallas de la Guerra Civil española



---

JORGE M. REVERTE  
Y MARIO MARTÍNEZ ZAUNER

# De Madrid al Ebro

Las grandes batallas de la guerra civil española

Documentación de  
Ignacio D'Olhaberriague Martínez

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes  
Trabajo de documentación: Ignacio D'Olhaberriague Martínez

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2016

© Jorge M. Reverte, 2016  
© Mario Martínez Zauner, 2016  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica  
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda  
Depósito legal: B. 18769-2016  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-24-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

---

*A Elena Álvarez Sarrión y Garazi Zauner.  
A Teseo, Nihil, Elisa y Nora.*

---

## Agradecimientos

Este libro ha sido posible gracias a la obstinación de María Cifuentes, que posiblemente quería un resultado distinto para el empeño, pero con buen talante admitió los pocos «peros» del autor principal –Jorge M. Reverte– a su proyecto. Tanto María como Joan Tarrida aceptaron también que la autoría se ampliara para cubrir con garantías las inevitables deficiencias que una enfermedad aportaba al proyecto.

Así, en lugar de una firma acompañada por la mención al ictus, que lo haría muy meritorio y digno de una cierta compasión, el libro se ha convertido en un buen trabajo que no tiene que despertar sino respeto. Todo ello por la incorporación de Mario Martínez Zauner y de Ignacio D’Olhaberriague. A todos ellos, muchas gracias.

---

## Índice

Introducción . . . . .	13
1. El levantamiento: preparación y consecuencias <i>(julio-agosto de 1936)</i> . . . . .	17
2. La batalla de Andalucía <i>(julio de 1936-febrero de 1937)</i> . . .	39
3. El avance hacia Madrid <i>(agosto-noviembre de 1936)</i> . . . . .	57
4. La batalla de Madrid <i>(noviembre-diciembre de 1936)</i> . . . . .	81
5. La batalla del Jarama <i>(febrero de 1937)</i> . . . . .	103
6. La batalla de Guadalajara <i>(marzo de 1937)</i> . . . . .	119
7. La campaña del norte <i>(julio de 1936-octubre de 1937)</i> . . . .	139
8. Contraofensivas republicanas: La batalla de Brunete <i>(junio-julio de 1937)</i> . . . . .	193
9. El frente de Aragón: de Belchite a Teruel <i>(agosto de 1937-febrero de 1938)</i> . . . . .	223
10. La ruptura del frente republicano y la batalla de Levante <i>(marzo-julio de 1938)</i> . . . . .	265
11. La batalla del Ebro <i>(julio-noviembre de 1938)</i> . . . . .	289
12. La caída de Cataluña y el frustrado plan P <i>(diciembre de 1938-enero de 1939)</i> . . . . .	325
13. Epílogo: el final de la guerra y el golpe de Casado <i>(febrero-marzo de 1939)</i> . . . . .	345
Bibliografía consultada . . . . .	369
Índice onomástico . . . . .	377
Índice de mapas . . . . .	391

---

## Introducción

Entender la guerra civil española sólo es posible si se parte de un hecho: ninguno de sus protagonistas sabía con anterioridad que estaba embarcándose en un conflicto de tanta envergadura, para el que no tenían los medios humanos ni financieros necesarios, ni los conocimientos técnicos imprescindibles.

Sin embargo, la guerra tuvo lugar. Empezó como un golpe de Estado, para el que, eso sí, los golpistas movilizaron a una parte sustancial del ejército y, sobre todo, a su única fracción operativa (el Ejército de África). El Estado republicano quedó tambaleante y se defendió con lo que tenía, las fuerzas de Orden Público, Guardia de Asalto y Guardia Civil, que se mantuvieron leales en gran parte, y las milicias de los partidos, sobre todo el Partido Comunista, que se organizaron con rapidez y relativa eficacia.

La primera parte del enfrentamiento fue lo que podría llamarse el dibujo de la guerra. La enorme cantidad de combates locales perfiló los puntos de partida de una guerra más seria y organizada. Las primeras batallas se libraron en ciudades, pero también y sobre todo en las carreteras que llevaban a Madrid.

Cuando la capital resistió el empujón de las fuerzas coloniales, entonces ya empezó la guerra. El Jarama, Guadalajara, el norte, Asturias, Brunete, Belchite, Teruel, Castellón, el Ebro, Valencia y Cataluña serían, cada vez más, los escenarios de enfrentamientos entre grandes masas de ejércitos con material moderno, suministrado por las grandes potencias mundiales, y mandos profesionalizados.

Este libro es el resultado de un proceso similar, porque su origen es el de una suma de propósitos anteriores.

Llevo muchos años investigando y documentándome sobre la guerra civil española, lo que ha provocado que haya escrito varios libros, desde *La batalla del Ebro* hasta *El arte de matar*. En ese proceso he contado ocasionalmente con la ayuda de Mario Martínez Zauner e

Ignacio D'Olhaberriague en las tareas de investigación y documentación. El primero de ellos me ha ayudado a redactar la historia aquí presentada y a conseguir una nueva interpretación del conflicto y las razones de sus protagonistas. Ignacio D'Olhaberriague, que es un documentalista de gran envergadura, se ha encargado de documentar cada una de las batallas, un proceso agotador que requiere de la paciencia de un restaurador como él.

Creo que la visión bastante novedosa que di de la guerra en *El arte de matar* está ya culminada con este nuevo libro. Uno de los propósitos fundamentales de este trabajo es demostrar en primer lugar que Franco quiso desde el comienzo tomar Madrid, para acabar así la guerra, o el golpe en su momento. Hemos documentado al menos cinco ocasiones en que el caudillo de las fuerzas sublevadas intentó tomar la capital. El segundo de los propósitos es demostrar que Franco no pretendía tomar primero el territorio para hacer en él una escabechina, porque en ningún caso hubo dudas de que esa escabechina la iba a hacer al acabar el conflicto. Y así fue. Es también una falsedad muy cultivada por algunos historiadores sostener que el caudillo rebelde quería una guerra larga. Por el contrario, él quiso ganar cuanto antes, pero había algo que le detendría casi tres años, y se llamaba Ejército Popular de la República, una organización llena de defectos, pero también repleta de entusiasmo y patriotismo: los que le transmitieron sus grandes creadores, Juan Negrín y Vicente Rojo.

También, la estructura del libro propone una periodización singular de la guerra civil: una primera fase marcada por el avance nacional hacia Madrid, desde el norte y el sur, que acaba en las distintas batallas por su conquista (Madrid, Jarama y Guadalajara); una segunda, tras el fracaso en la toma de la capital, en la que la lucha se desplaza al frente del norte, y que incluye los esfuerzos republicanos por impedir el avance nacional (el más destacado, el de Brunete); una tercera, tras la toma del norte por las tropas sublevadas, en la que lo más destacable acontece en los escenarios de Aragón (Belchite, Teruel) y de Levante (Castellón), hasta que el territorio de la República queda partido en dos; y una cuarta y última etapa, marcada por el último intento republicano de inclinar la contienda a su favor en la batalla del Ebro, y tras su fracaso, por la toma por los franquistas de Cataluña. Madrid, que había sido la obsesión de los golpistas dirigidos por Emilio Mola, y del ejército franquista después, fue la última en caer.



Dado que el relato se estructura por batallas y frentes, no siempre sigue una linealidad cronológica, sino que en ocasiones realiza pequeños saltos temporales y digresiones, que lejos de complicar la comprensión del conflicto, deberían facilitarla.

En esencia, el libro se ha documentado con las aportaciones de muchos autores, singularmente, y hay que destacarlo, de lo escrito por José Manuel Martínez Bande, en su monumental historia de la guerra civil, y toda la bibliografía que figura en el libro *El arte de matar*, entre ellos algunos trabajos como los de Fernando Puell. Pero ha habido que recurrir en muchas ocasiones a los archivos militares, que ya habíamos trillado en otras ocasiones y que funcionan cada vez con mayor eficiencia, no sólo para encontrar la confirmación de juicios que se dan en el libro, sino a veces, el feliz hallazgo de nuevas líneas de trabajo. Mario e Ignacio lo han resuelto de manera más que satisfactoria.

Ellos dos han sido piezas esenciales para este trabajo, que debería haber culminado como una historia de la guerra, cosa que no descarto que se produzca en tiempos cercanos. Eso sí, siempre que cuente con colaboradores tan eficaces como esta vez. Y, por supuesto, con una editora tan puntillosa y eficaz como es María Cifuentes. Tanto ella como Pacho Fernández Larrondo han conseguido que el libro aparezca para el lector muy libre de tropelías.

JORGE M. REVERTE,  
Madrid, julio de 2016

## El levantamiento: preparación y consecuencias

*(julio-agosto de 1936)*

Estamos en el verano de 1936. La situación política está crispada en todo el país, y amenaza con desbordar el frágil gobierno de la República española, que desde su instauración en 1931 como Estado liberal, democrático y laico, ha logrado contener varios intentos subversivos y golpes de Estado ideados tanto desde la derecha como la izquierda. Ni el golpe del general José Sanjurjo en 1932 ni la revolución en Asturias de 1934 han logrado el objetivo de derribar a la República, como tampoco lo han conseguido distintas revueltas anarquistas que han sido reprimidas con dureza. Una tensión política que no es exclusiva de España sino que se palpa en toda Europa, polarizada por los extremos del fascismo y el comunismo, y bajo la amenaza del totalitarismo y la revolución. En ese contexto, la retórica de la violencia atruena en España, y desde todos sus rincones se pronuncian discursos que hablan de guerra de clases y llaman al exterminio del adversario. Las multitudes que aclaman a José María Gil-Robles, líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), o a Francisco Largo Caballero, el dirigente más importante del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y la Unión General de Trabajadores (UGT), hablan de una violencia que purifique España, que elimine de la faz de la tierra a los enemigos de clase. También aluden a la violencia otros partidos y organizaciones menores, como la Falange de José Antonio Primo de Rivera, los carlistas de Manuel Fal Conde, los comunistas de Andreu Nin o de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), o los anarquistas que se organizan en torno a la Federación Anarquista Ibérica (FAI). Y a todo ello hay que sumarle una acumulación de rencores en cada pueblo español, que puede reventar si hay quien prenda la mecha que haga explotar la dinamita del odio.

Los despachos episcopales y las sacristías de las iglesias de pueblo no son una excepción, y en ellos también se habla de violencia purificadora. Como también sucede entre los militares, que se reúnen en

domicilios particulares cuando no pueden hacerlo en los cuartos de banderas, para conspirar contra la República. El grupo más numeroso de estos conspiradores es el de los militares africanistas, soldados agueridos formados en territorios rifeños y curtidos en batallas sin leyes y sin clemencia para con el enemigo. Son hombres en general rudos, dotados de valor y con una limitada formación intelectual, por lo que adquieren su valía y grado por méritos militares. Pocos son capaces de montar una guerra planificada y muy pocos han logrado el diploma del Estado Mayor que acredita esa capacidad intelectual necesaria para la inteligencia militar. Es el caso del general José Enrique Varela, ahora detenido en Cádiz por un intento de golpe hace pocos meses. Varela es un africanista de origen humilde al que adoran las mujeres de la aristocracia por su porte elegante, su leyenda de valor personal y su afectada elegancia, que le lleva a vestir guantes blancos en campaña. Pero la República no sólo está amenazada por militares africanistas como Varela. Entre los que conspiran se encuentran también carlistas y monárquicos alfonsinos, republicanos como el general Gonzalo Queipo de Llano e incluso masones como el general Miguel Cabanellas, jefe de las fuerzas de Zaragoza. También hay simpatizantes de Falange como el coronel Juan Yagüe, y otros que se cuidan de mostrar sus afinidades, como el general Francisco Franco, destinado en Canarias. Franco es un hombre reservado, astuto, en apariencia humilde pero sensible a los halagos de la gloria. Un africanista que ha sido el mayor beneficiario del sistema de ascensos por méritos de guerra que ha acabado provocando que la cúpula militar se haya sobrepoblado de hombres duros y bragados que no han tenido que demostrar inteligencia sino audacia frente al enemigo. Tampoco Franco posee el diploma de Estado Mayor, aunque ha sido el auténtico jefe del Estado Mayor Central durante los acontecimientos de 1934, cuya represión en Asturias dirigió desde Madrid.

Por el momento, los intentos golpistas como el de José Sanjurjo o el de Varela han fracasado por su poca capacidad de organización y su exceso de hombría, además de por su dispersión ideológica y una idea clásica del pronunciamiento que lo fía todo a que el ejército se decida a seguir la proclama lanzada por unos pocos generales. Hace falta algo más que un bravo cabecilla y un puñado de seguidores para hacer frente a las fuerzas de seguridad republicanas. Y, por eso, ahora los conspiradores han ido a buscar y encontrar apoyos en las fuerzas políticas de la derecha. Hasta hace poco, la CEDA de José María Gil-Robles creía

poder vencer en las urnas, pero los partidos alineados más a su derecha han ido incrementando sus contactos militares para propiciar un golpe de Estado. Gil-Robles había seguido su propio plan y pretendía utilizar al ejército desde el gobierno, por lo que, cuando en abril de 1935 consiguió cinco ministerios, se reservó la cartera del Ministerio de la Guerra para sí mismo y nombró al general Joaquín Fanjul como subsecretario, al que acompañaba un equipo de militares con poco afecto a la República. En diciembre, tras ver cumplida la posibilidad de que Gil-Robles perdiera el Ministerio, Fanjul le propuso sublevar a la guarnición de Madrid, una oferta que Gil-Robles rechazó y acompañó del abandono del poder.

Finalmente, la derrota parlamentaria de la CEDA tras las elecciones celebradas en febrero de 1936 había acabado con el prestigio de Gil-Robles en beneficio de los partidos favorables al golpe de Estado. El Frente Popular de Manuel Azaña ganó las elecciones y, tras negarse a pactar con la CEDA, accedió al gobierno de la República. Carlos Masquelet fue nombrado nuevo ministro de la Guerra, y una de sus primeras decisiones fue dejar sin destino a los generales Rafael Villegas, Andrés Saliquet, Antonio Losada, Joaquín Fanjul, Luis Orgaz y el propio Varela, además de desplazar a puestos de importancia menor a Franco, a Manuel Goded y a Emilio Mola. La reacción de éstos fue reunirse y acordar una sublevación que se celebraría el 20 de abril; pero el Gobierno descubrió la conjura y los participantes dieron marcha atrás en su acción. A partir de ahí, será el general Mola quien decida tomar a su cargo la preparación del golpe, situando a Sanjurjo, entonces en el exilio, como jefe de la conspiración. Sanjurjo le deja hacer, y Mola comienza a extender su red por diferentes guarniciones con la ayuda de la Unión Militar Española (UME), una sociedad militar secreta. Un gran número de miembros del Estado Mayor se afilian a las tesis de Mola, entre ellos, los generales Queipo de Llano y Cabanellas. Además, Mola tiene que hablar también con Falange y con los carlistas para lograr su apoyo, aunque ambos imponen férreas condiciones que impiden que el pacto se haga efectivo hasta la segunda semana de julio. José Antonio Primo de Rivera, preso en Alicante, no se fía de los generales, y los carlistas contaban con su propio plan.

El personaje decisivo es, entonces, el general Mola, que pronto será apodado como el Director. Mola es un hombre exaltado en sus creencias pero de carácter frío, que ha ocupado dos cargos de enorme importancia con distintos gobiernos. Ha sido director de Seguridad del

Estado tras la dictadura de Miguel Primo de Rivera, y jefe de las fuerzas africanas durante el bienio derechista, hasta que el nuevo gobierno de la República lo cesó el 1 de marzo. Mola no sólo se reúne para conspirar con Queipo de Llano y Cabanellas, sino que además tiene agentes infiltrados en Gobernación y en la policía. A su capacidad logística, añade una planificación revolucionaria en comparación con los hábitos golpistas de los militares españoles, dado que idea el golpe como un movimiento cívico-militar, articulado en torno al ejército, pero con el auxilio fundamental de organizaciones paramilitares como las carlistas o las de Falange. Mola entiende que para hacerse con el poder estatal no basta con soldados, que además pueden ser sensibles a lealtades distintas a las que les despierten u obliguen sus mandos del servicio militar obligatorio. Así que busca apoyos en otras organizaciones. Como el que le van a brindar varios contingentes de requetés, que llevan años entrenándose en los montes navarros, en las tierras del Ebro y otros muchos entornos de Cataluña y Andalucía, y que no sólo servirán como ayuda en la vanguardia, sino que actuarán como un imprescindible elemento de control de la retaguardia cuando la fuerza militar tenga que desplazarse. Y como el que va a recibir de los falangistas, que son menos numerosos, pero están bien encuadrados, al estilo de los jóvenes que han dado el poder a Adolf Hitler y Benito Mussolini en Alemania e Italia. Todos ellos serán llamados a cooperar en la empresa, aunque subordinados siempre al poder militar. De otra manera, ningún general de prestigio aceptaría formar parte del movimiento.

Mola decide también que no haya la menor confusión en cuanto a la metodología aplicada: el movimiento ha de ser extremadamente violento, para lograr vencer cuanto antes a un enemigo al que considera fuerte y bien organizado. En las primeras horas no habrá que andarse con chiquitas, sino proceder a una matanza de todos aquellos que ofrezcan la menor resistencia. En sus directivas para los alzados, el general director lo recalca: la acción debe ser implacable y violenta. Mola llega incluso a calcular que no hará falta matar más allá de cien mil personas en las pocas semanas que debe durar el levantamiento. Para que éste culmine con rapidez y efectividad, hay que lograr que el golpe triunfe en las principales ciudades donde hay efectivos y oficiales afectos a la conspiración. No se trata de tomar Madrid y esperar a que el resto del territorio se rinda a la evidencia de un golpe apoyado por la mayoría del ejército, sino al contrario, partir de varios puntos estratégicos y organizar una rápida marcha para hacer culmi-

nar el golpe en la capital. Esta estrategia centrípeta se ve condicionada por la reforma militar que había dejado en herencia Manuel Azaña tras su paso por el Ministerio de la Guerra en 1931, y por la que eliminaba las antiguas capitanías generales y las sustituía por divisiones orgánicas de carácter también claramente territorial. Así que, al margen de la importancia de las voluntades comprometidas en el alzamiento, Mola tiene que asegurar al máximo la complicidad de quienes dirigen esas divisiones orgánicas, puesto que de ellas dependen las tropas que pueden actuar en cualquier momento y situación. La de Madrid es la primera; la de Sevilla, la segunda; la de Valencia, la tercera; la de Barcelona, la cuarta; la de Zaragoza, la quinta; la de Burgos, la sexta; la de Valladolid, la séptima; y la de Galicia, la octava. Y al margen de esta organización, están las fuerzas africanas y la brigada exenta de Asturias.

La idea de Mola consiste en que los generales Cabanellas, desde Zaragoza; Saliquet, al mando de las fuerzas de Valladolid y Burgos; y Manuel González Carrasco, desde Valencia, armen columnas que sean capaces de llegar a Madrid en pocos días. El horizonte final de todos ellos es la capital, porque como dice Mola en su primera directriz, «el poder hay que conquistarlo en Madrid». La estrategia es clara: desde Valencia, por la carretera N-III, una columna partirá a Madrid el día escogido. Lo mismo harán tropas desde Zaragoza, por la N-II; y las guarniciones de Burgos, Pamplona y Valladolid se desplazarán hacia la sierra de Madrid con el fin de tomar los puertos de Somosierra, Navacerrada y el Alto del León y converger después por la N-I y la N-VI hasta la capital. El orden de prioridades no ofrece dudas: las primeras columnas en llegar a Madrid serán las que vengan del norte y de Zaragoza; después, las de Valencia. Y, por si hiciera falta, a la expectativa, el refuerzo del ejército africano.

Desde el día 20 de junio, aparece una novedad en los propios planes de Mola. El Ejército de África cobra un papel relevante, tanto por su capacidad de maniobra y combate como por su indudable lealtad. Si falla el primer envite golpista, todavía queda recurrir a un ejército numeroso y curtido, que sólo presenta un problema práctico: cómo traer a esos soldados a la península. De ello se va a encargar el general Franco, que hasta esas fechas se ha mostrado dubitativo sobre su participación en el golpe, pero que finalmente se ha decidido a intervenir en favor de los planes de Mola dirigiendo la insurrección desde Marruecos y la Alta Comisaria del Protectorado en Tetuán. Lo que toda-

vía no saben Mola ni el propio Franco es que su intervención resultará decisiva en el triunfo del golpe.

Ya en julio, se presenta una gran oportunidad para lanzar la sublevación. El día 12 unos pistoleros de derechas asesinan al teniente socialista de la Guardia de Asalto, José Castillo, y sus compañeros de la policía, un capitán de la Guardia Civil y un pistolero de UGT, se vengan matando a José Calvo Sotelo, firme opositor al Frente Popular en las Cortes y líder de la derecha española del partido monárquico Renovación Española. Tras conocerse las muertes de Castillo y Calvo Sotelo, el Gobierno suspende las sesiones parlamentarias durante ocho días, sin saber que ésa será su última sesión. El atentado hace comprender a Franco que es el momento de realizar el golpe, y envía un mensaje de conformidad a Mola para iniciarlo el día 18.

Todo tiene que empezar en Marruecos, por razones lógicas, y es necesario que los barcos comprometidos se puedan mover sin pérdida de tiempo en dirección a las comandancias de Ceuta y Melilla para embarcar tropas con destino a la península. Se ha escogido la hora próxima al atardecer para evitar que la aviación pueda bombardear a las tropas mientras se desplazan de un punto a otro del protectorado. Pero la actuación de la policía, que ha sorprendido movimientos sospechosos de algunos militares, obliga a adelantar la sublevación en unas horas, sin que eso tenga grandes efectos. En Tetuán se alza el teniente coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, y en Ceuta, el coronel Juan Yagüe, ambos ayudados por falangistas a los que habían armado. A las pocas horas, el protectorado está en manos rebeldes y la noche del día 18 de julio, Marruecos, una guarnición de más de treinta mil soldados casi todos ellos profesionales, se convierte en un férreo núcleo insurgente. Los últimos focos de resistencia los protagoniza el jefe de la guarnición del aeropuerto de Tetuán, el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, quien, antes de rendirse al fuego de la artillería de las unidades que le han rodeado, logra inutilizar, al menos temporalmente, los aviones que alberga.

Una vez alcanzado su primer objetivo, los alzados telegrafían al general Franco poniéndose a sus órdenes, y éste, a su vez, abandona las Canarias para desplazarse a Tetuán, la madrugada del día 19, a bordo de un avión Dragon Rapide. Allí sus camaradas le han puesto en bandeja el mando para que se haga con las riendas de la sublevación. Y de inmediato, comienza a tomar las medidas necesarias para cumplir su tarea principal: enviar tropas a la península. La República entiende

que el ejército que representa a España en Marruecos se ha levantado en armas contra el Gobierno electo, sublevándose contra la patria y realizando un acto vergonzoso y criminal contra el poder legítimo, y declara que el movimiento está circunscrito a determinadas zonas del protectorado y que nadie en la península se ha sumado. La situación se da por controlada y se espera una inmediata vuelta a la normalidad. Nada más lejos de la realidad, porque el golpe ya ha empezado a extenderse por todo el país.

El mismo día 18, el general Mola ha puesto en marcha su plan, que prácticamente no sufrirá contrariedad alguna en su propósito de controlar las capitales castellanas y Navarra. Burgos, Pamplona, Valladolid, Salamanca o Logroño son presa fácil para las unidades regulares sublevadas, que inmediatamente se ven reforzadas por casi todos los puestos de la Guardia Civil, así como por miles de paisanos que se ponen la boina roja o la camisa azul. Mientras el director del golpe organiza las columnas que van a acudir a Madrid para ganar la plaza, en cada pueblo se escarmienta a los republicanos o izquierdistas sin vacilación. Y casi en toda España se produce un mismo fenómeno: cuando las fuerzas de seguridad o una parte importante de la guarnición se mantienen leales, el golpe se para. Cuando la mayoría de la guarnición se subleva, las ciudades caen del lado de los golpistas.

Según el plan de avance diseñado, que se basa en una estrategia centripeta sobre la capital, mientras Franco descarga a sus hombres en la península, gran parte del norte va cayendo bajo manos sublevadas. Navarra es uno de sus principales pilares del levantamiento, y desde allí Mola da el pistoletazo de salida. El Director es el gobernador militar de la provincia, y desde su puesto ha ido orquestando diversas reuniones para preparar y ejecutar con posterioridad el golpe militar. Y para el norte de la península, sabe que necesitaba el apoyo de los carlistas, con los que al principio no logra llegar a un acuerdo debido a las discrepancias existentes en torno a los fines del golpe. Mola propugna una dictadura republicana presidida por un directorio militar que daría paso a un parlamento constituyente elegido por sufragio universal, así como la separación entre Iglesia y Estado, y el mantenimiento de la bandera tricolor. Los seguidores de Alfonso Carlos I, por su parte, defienden un Estado confesional, sin partidos políticos y recuperando la bandera bicolor.

A finales de junio de 1936, José María Gil-Robles, ministro de la Guerra, había enviado a Pamplona a Francisco Herrera Oria y a Car-



los Salamanca con un maletín con medio millón de pesetas destinado a cubrir los gastos de la conspiración. Herrera Oria y el propio ministro, junto a Juan Ignacio Luca de Tena, harían de intermediarios con los líderes carlistas en Francia, aunque sin obtener resultados satisfactorios. El día de San Fermín, Mola se reunió en Pamplona con dirigentes carlistas y falangistas y con algunos generales afines como Gonzalo Queipo de Llano, Andrés Saliquet, Joaquín Fanjul o Alfredo Kindelán, para ir negociando los flecos que restaban para lograr el apoyo a la conspiración. El líder de los carlistas navarros, Tomás Domínguez Arévalo, conde de Rodezno, le recomendó a Mola que contactase directamente con los requetés navarros, alegando que éstos eran proclives a levantarse en armas, aún sin la aprobación del líder carlista Manuel Fal Conde. Por su parte, José Calvo Sotelo, unos días antes de ser asesinado, había hecho llegar a Mola su adhesión y la de su partido Renovación Española a la causa golpista. Su asesinato el 14 de julio propiciaría el apoyo final de los carlistas, que dejaban en manos del general Sanjurjo las discusiones políticas sobre el régimen que había de venir. Mucho más fluidas fueron las negociaciones con los miembros de Falange. José Antonio Primo de Rivera, desde el penal de Alicante, finalmente había encaminado a sus acólitos navarros hacia Mola.

Tras el alzamiento en el norte de África el día 17 de julio, el general Mola ultima los preparativos para el alzamiento en Pamplona, que está previsto para el día 19. Las fuerzas con las que cuenta son el 14 regimiento de infantería América, a cargo del coronel carlista José Solchaga, el 8 batallón de montaña Sicilia del teniente coronel Pompeyo Galindo, el Grupo Mixto de Minadores del comandante Gabriel Ochoa de Zabalegui y, en la localidad cercana de Estella, el 7 batallón de montaña Arapiles, comandado por el teniente coronel Pablo Cayuela. Sobre otras fuerzas, como la Guardia Civil o la Guardia de Asalto, Mola maneja diferentes informes. En cuanto a la segunda, sabe que no tendrá problemas, ya que su capitán, José María de Atauri, está comprometido con los sublevados. Pero la Guardia Civil supone una gran incógnita para Mola. Sabe que la mayoría de los guardias están predisuestos a apoyarle, pero la duda que alberga el general es si al final esa predisposición se materializará en un apoyo verdadero, dado que su capitán, José Rodríguez-Medel, es defensor del Frente Popular. Mola hace llamar al mando de la Benemérita y le conmina a unirse a su causa; Rodríguez-Medel se niega, y se dirige a su cuartel para preparar una acción de control sobre la ciudad de Pamplona. Allí es abatido por

uno de sus hombres. A las seis de la tarde, el general Mola proclama en Pamplona su bando de guerra, mientras en la plaza del Castillo comienzan a concentrarse miles de requetés dispuestos a acatar las órdenes del Director. Allí reciben armas, se les organiza y se les pone a las órdenes de mandos del ejército.<sup>1</sup> Los carlistas también acuden a la plaza del Castillo al grito de «Viva Cristo Rey», donde son ovacionados. Sin mucha dificultad, Pamplona cae en manos de los sublevados.

Mientras Franco se esfuerza por lograr que sus tropas crucen el estrecho y Mola se ocupa de Navarra, sus cómplices en las provincias gallegas llevan el levantamiento a buen fin. Allí, el inicio del alzamiento tiene lugar el 20 de julio, y una vez proclamada la sublevación, los socialistas, anarquistas y republicanos han de combatir sin apenas armamento contra el bien equipado ejército golpista. En la base naval de El Ferrol, desde donde han partido los cruceros *Miguel de Cervantes* y *Libertad* con destino a Algeciras, cumpliendo órdenes del Gobierno republicano para reforzar el control sobre el estrecho, se producen los primeros conatos violentos de los golpistas. En las dársenas todavía están el acorazado *España*, el crucero *Almirante Cervera*, el destructor *Velasco*, el transporte *Contramaestre Casado* y el torpedero *T-7*. Los mandos del *España* ordenan a sus hombres el desembarco y su puesta a disposición de los sublevados de la ciudad, pero los marineros se rebelan contra los oficiales, al igual que los del *Almirante Cervera*. Cuando éste se dispone a bombardear la Comandancia General, el *Velasco*, en manos sublevadas y situado entre aquél y el *España*, abre fuego contra los marineros de ambos buques leales. Mientras, en el arsenal de El Ferrol, los trabajadores de los astilleros y los marineros luchan contra las fuerzas rebeldes, que, a pesar de lograr resistir en un principio, precisan del apoyo de los barcos cercanos. Esto lo saben los sublevados, que no están dispuestos a ceder ni las armas del arsenal ni la que es una de las pocas salidas efectivas al mar. A las tropas de a pie se une el día 21 una flota de hidroaviones que comienza a bombardear a los buques leales, y al día siguiente las fuerzas sublevadas acaban con la resistencia marinera republicana.

1. Los requetés se organizaban del siguiente modo: cinco voluntarios suman, junto con un cabo, una escuadra; tres escuadras forman un pelotón; tres pelotones, una sección; tres secciones, un requeté; y tres requetés, un batallón o tercio.